

Fragmentos de horror

Jorge Alonso*

Vigo, 10/2006 — v1.0.1

“Para ellos (la gente que no lee nada del género de terror) es una especie de pornografía que induce al horror, en lugar de la erección. Y el lector que da la impresión de gozar con tales sensaciones..., bueno, es un masoquista emocional, el esclavo de una droga repugnante, una decadente bestia psicopática.” David Aylward, *Revenge of the past*.

No es una confesión: Yo soy uno de esos pervertidos que disfrutan con el género del terror. Hoy no vengo a hablar, sino a dejar que otros más sabios hablen por mí.

En la introducción a la antología de cuentos *The dark descent* (publicada en España bajo el título *El gran libro del terror*), David G. Hartwell se atreve a clasificar la literatura de terror contemporánea (la *fantasía oscura*) en tres corrientes no mutuamente exclusivas:

Alegoría moral: *“La intrusión del mal sobrenatural en la realidad. [...] El linaje comercial de los grandes éxitos de ventas como La semilla del diablo y El exorcista, y una gran parte de las obras de Stephen King.”*

Metáfora psicológica: *“...psicología humana aberrante encarnada en forma metafórica, [que] puede ser puramente sobrenatural, como en Drácula, o puramente psicológico, como en Psicosis [...] Lo que los caracteriza como grupo es el monstruo que hay en su centro, [...] un ser humano o una criatura abiertamente anormal, de cuyos actos y por cuya existencia en sí misma surge el terror.”*

Fantástico: *“...tienen como centro la ambigüedad, en cuanto a la naturaleza de lo real, y esa misma ambigüedad es la que genera el terror.”*

Es divertido decidir a qué categoría o categorías pertenece tal o cual obra, pero el objetivo del terror no es

ser divertido. Así que, tras haber leído una buena cantidad de historias de terror, el fragmento que sin duda más me ha impactado no lo encontré en una obra de ficción, sino en un voluminoso libro sobre *El arte de matar* a través de los tiempos, de Daniel Sueiro:

«Todo estaba listo: había un poste de roble, de unas cuatro archinas (medida turca que equivale a 66 cm), puntiagudo, herrado en un extremo, delgado y afilado y untado de sebo. En los andamios habían sido clavadas unas cuantas estacas entre las cuales debía fijarse el poste; había también un mazo de madera para clavar y martillar el poste; había cuerdas y todo lo necesario.

[...]

»Cuando se ordenó a Radislav que se tendiese, dudó un momento; después, sin mirar ni a los zíngaros ni a los guardianes, como si no existiesen, se acercó a Plevliak, a quien, como si fuese alguno de los suyos, y empleando un tono confidencial, le dijo en voz baja y sorda: “Por este mundo y por el otro te pido que me escuches: hazme la gracia de atravesarme de modo que no sufra como un perro.”

[...]

»El campesino se tumbó boca abajo, tal como le habían ordenado. Los zíngaros se aproximaron y le ataron primero las manos a la espalda y después le ligaron una cuerda alrededor de los tobillos. Cada uno tiró hacia sí, separándole ampliamente las piernas. Entre tanto, Merdjan colocaba el poste encima de dos trozos de madera cortos y cilíndricos, de modo que el extremo quedaba entre las piernas del campesino. A continuación, sacó del cinturón un cuchillo ancho y corto, se arrodilló junto al condenado y se inclinó sobre él para cortar la tela de sus pantalones en la parte de la entrepierna y para ensanchar la abertura a través de la cual el poste penetraría en el cuerpo. Aquella parte del trabajo del verdugo que, sin duda, era la más desagradable, fue invisible para los espectadores. Tan sólo pudieron apreciar el estremecimiento del cuerpo a causa del picotazo breve e imperceptible del cuchillo, y, lue-

*Mi correo es soidsenatas@yahoo.es, y mi página web es <http://es.geocities.com/soidsenatas/>.

go, cómo se erguía a medias, cual si tratase de levantarse para volver a caer pronto, golpeando sordamente el entarimado. No mas hubo terminado, el zíngaro dio un ligero salto, tomó del suelo el mazo de madera y se puso a martillar la parte inferior y roma del poste, con lentitud y medida. A cada dos martillazos, se detenía un momento y miraba, primero, al cuerpo en el que el poste se iba introduciendo, y, después, a los dos zíngaros, exhortándolos a que tirasen con suavidad y sin sacudidas. El cuerpo del campesino, con las piernas separadas, se convulsionaba instintivamente; a cada mazazo, la columna vertebral se plegaba y se encorbaba, pero las cuerdas mantenían la tensión y obligaban al condenado a enderezarse.

[...]

»El zíngaro, a cada dos mazazos, se dirigía al cuerpo tendido, se inclinaba, examinando si el poste avanzaba en buena dirección y, cuando se había cerciorado de que ningún órgano vital estaba herido, volvía a su sitio y continuaba su tarea.

[...]

»Durante un momento, cesaron los mazazos. Merdjan había observado que en el vértice del omóplato derecho los músculos se ponían tensos y la piel se levantaba. Se acercó rápidamente y, en aquel lugar ligeramente hinchado, hizo un incisión en forma de cruz. Por el corte empezó a correr una sangre pálida, primero en pequeña cantidad, luego a borbotones. Aún dio dos o tres mazazos, ligeros y prudentes, y por el sitio en el que acababa de hacer el corte apareció la punta herrada del poste. Continuó todavía unos minutos martilleando, hasta que la punta del palo alcanzó la altura de la oreja derecha. Radislav estaba empalado en el poste de igual modo que se ensarta un cordero en el asador; con la diferencia de que a él no le salía la punta por la boca, sino por la espalda, no habiendo interesado gravemente ni los intestinos ni el corazón ni los pulmones.

[...]

»Los dos zíngaros dieron la vuelta al cuerpo entumecido y se pusieron a atarle las piernas a la parte inferior del poste. Mientras tanto, Merdjan observaba aquel rostro que, en un abrir y cerrar de ojos, se había hinchado, ensanchándose, haciéndose más grande. Tenía los ojos abiertos de par en par, inquietos; pero los párpados permanecían inmóviles, la boca abierta, los labios rígidos y contraídos, los dientes apretados. Aquel hombre no podía controlar ya algunos de los músculos de su cara, que, por esta circunstancia, parecía una máscara. Sin embargo, su corazón latía sordamente y los pulmones mantenían una respiración corta

y acelerada. Los verdugos levantaron el poste. Merdjan les gritaba que tuviesen cuidado y que no sacudiesen el cuerpo; él mismo ayudaba en la operación. Fijaron la base del poste entre dos vigas y lo aseguraron con grandes clavos; a continuación, y a la misma altura, clavaron igualmente un tarugo de madera al poste y a las vigas. Una vez terminada la tarea, los zíngaros se apartaron un poco, yendo a reunirse con los guardianes, y, en el espacio vacío, quedó solo, elevado a una altura de dos archinas, enderezado, con el pecho hacia adelante y desnudo hasta la cintura, el hombre empalado. Desde lejos se vislumbra que, a través del cuerpo, pasaba el poste al que estaban atados sus tobillos, mientras los brazos lo estaban a la espalda.»

El hombre «que había organizado el complot y la resistencia y se había atrevido a sabotear las obras» oficiales, permanecería vivo y consciente cuatro horas después de la ejecución de la sentencia de empalamiento. Sólo a la mañana siguiente expiraría. Acaso este largo, pormenorizado y vivo relato de Ivo Andric, Un puente sobre el Drina, nos sitúe ante una de las formas históricas de ejecución más crueles, más atroces y espeluznantes que puedan imaginarse.

Este fragmento es terrorífico porque es real, porque la barbarie puede estar a la vuelta de la esquina, y porque uno mismo puede fácilmente ser una víctima. (¿No decían que eras raro? Todos los raros son peligrosos. ¿Te imaginas pasar toda la noche empalado y consciente? ¿O que te quemem vivo, lentamente?) Esta barbarie no está lejos, ni en el tiempo ni en el espacio.

“La buena ficción de horror siempre debe estar un paso más allá de los límites del buen gusto, para que el lector reciba la sensación de que el libro que tiene en sus manos es peligroso. La gente recurre a la ficción de horror para que ésta impugne sus tabúes, y a mí me gusta satisfacer ese deseo. Casi toda la ficción de horror empieza con una vida rutinaria que es desquiciada por la aparición del monstruo. Una vez eliminado el monstruo, todo vuelve a la normalidad. No creo que esto sea válido para el mundo. No podemos destruir el monstruo porque el monstruo somos nosotros.” Clive Barker.

Lee los periódicos, escucha las noticias... y ahora ponte a clasificar los sucesos según las tres categorías iniciales. ¿Sigue siendo divertido? La realidad se contrapone a la fantasía oscura. No podemos destruir el monstruo porque el monstruo somos nosotros. Y ese

monstruo está a tu lado, vive contigo, come contigo,
respira contigo... y lo ves cada día espiándote desde los
espejos.